

## ORACIÓN

Queremos, Señor Jesús, escucharte en tu Palabra.

Y escuchándola, sintonizar con tu corazón de Hijo confiado en el Padre del cielo, aprender a orar Contigo, a esperar con paciencia activa, a amar y a perdonar sin cansarnos.

Saber una y otra vez cuánto te importa cada hombre y cada mujer, cuánto te interesa nuestra propia paz y felicidad.

Enséñanos, Jesús, Señor y Hermano nuestro, a conocerte a través de tu evangelio. ASI SEA.

## TEXTO

### MARCOS 11,12-25

«<sup>12</sup>Y al día siguiente, al salir ellos de Betania, *tuvo hambre*.

<sup>13</sup>Y viendo desde lejos una higuera con hojas fue, por si encontraba algo en ella. Y, tras llegar a ella, no encontró más que hojas, porque no era tiempo de higos.

<sup>14</sup>Y, respondiendo, le dijo: “Nunca más coma nadie fruto de ti”.

Y lo escuchaban sus discípulos.

<sup>15</sup>Y llegan a Jerusalén. Y, entrando en el Templo, comenzó a expulsar a los que estaban vendiendo y comprando en el Templo, y derribó las mesas de los cambistas y las sillas de los que vendían palomas, <sup>16</sup>y no permitía que nadie transportara vasijas por el Templo.

<sup>17</sup>Y les enseñaba y les decía: “¿No está escrito que *Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones?* Pero vosotros la habéis convertido en guarida de bandidos”.

<sup>18</sup>Y lo escucharon los sumos sacerdotes y los escribas y buscaban matarlo; porque le tenían miedo, porque toda la muchedumbre quedaba impresionada por su enseñanza.

<sup>19</sup>Y cuando llegó la tarde, salieron fuera de la ciudad.

<sup>20</sup>Y, al pasar muy de mañana, vieron la higuera secada desde las raíces.

<sup>21</sup>Y, al recordarlo, le dice **Pedro**: “**Rabí**, mira, la higuera que maldijiste, se ha secado”.

<sup>22</sup>Y, respondiendo, **Jesús** les dice: “Tened fe en Dios. <sup>23</sup>En verdad os digo que quien diga a este monte: ‘Levántate y arrójate al mar’, y no dude en su corazón sino que crea que ocurrirá lo que dice, lo tendrá. <sup>24</sup>Por eso os digo: todo cuanto recéis y pidáis, creed que lo habéis recibido, y lo tendréis. <sup>25</sup>Y cuando os paréis a rezar, perdonad lo que tengáis contra alguno, para que vuestro padre [que está] en los cielos os perdone vuestras faltas”. <sup>26</sup>».

## COMENTARIO

- Jesús vuelve ahora a la capital y al Templo. En el camino, maldice una higuera (11,12-14) y luego entra en el Templo, interrumpiendo violentamente el comercio que allí había; luego explica esta acción con palabras tomadas del Antiguo Testamento (11,15-19). En el camino de vuelta a Betania los discípulos observan que la higuera maldecida se ha marchitado de repente y Jesús emplea este milagro como punto de partida para su enseñanza sobre la fe y la oración (11,20-25). Marcos ha compuesto una de sus composiciones más originales y reveladoras utilizando material de origen diverso. El centro de la composición es la acción de Jesús en el Templo, interpretada por la historia circundante de la higuera, que no solo otorga al santuario el papel de árbol sin fruto, estéril y maldito, sino que presenta también una alternativa: la fe y la oración que evitan el sistema sacrificial de la «cueva de bandidos» y apela directamente a la misericordia del Padre divino.

- 11,12-14: Después de pasar la noche en Betania, Jesús y sus discípulos se dirigen de nuevo a Jerusalén (11,12). En el camino Jesús siente hambre y se acerca a una higuera para ver si tiene algún fruto (11,13a). Al no encontrar higo alguno (11,13b), maldice el árbol con una profecía amenazante: nunca dará fruto de nuevo (11,14). Desde épocas muy antiguas, los exegetas se han sentido molestos por la aparente dureza y la injusticia de la ira de Jesús contra un objeto insensible, especialmente cuando el mismo Marcos nos dice que «no era época de higos». Mateo omite ya la frase de que no era época de higos (Mt 21,19), y algunos autores *suponen* que el dueño del árbol, no queriendo que otros disfrutaran de su producto, lo había dejado limpio antes del tiempo de la cosecha; la maldición de Jesús, por tanto, era un castigo justificado a su egoísmo. Si no queremos dejarnos llevar por una simple especulación, deberemos comenzar preguntándonos cómo se consideraban en el mundo bíblico los árboles, y sobre todo las higueras. En el contexto de las leyendas judías no hay nada insólito en que un maestro se dirija a un árbol y este le responda. Además, el Antiguo Testamento, textos judíos y el Nuevo Testamento muestran que la higuera y otros árboles simbolizan a menudo a la gente buena y mala, a los dirigentes de Israel o a la nación en conjunto (cf., por ejemplo, Jr 24,1-10; Mt 15,13; Lc 13,6-9); los mismos textos indican también que estos símbolos se utilizan muchas veces en contextos escatológicos para hablar del juicio sobre Israel (Is 34,4; Am 8,1-3; Mt 15,13; Lc 13,6-9; 23,31; Ap 6,13-14); y, finalmente, señalan que hay una relación especialmente cercana entre estas imágenes de árboles por una parte y Jerusalén y su Templo, por otra (cf., por ejemplo, Ez 47,1-12; 1Cor 3,5-17).

A la luz de este trasfondo bíblico, podríamos interpretar la higuera como un símbolo para la nación en total, pero la conclusión de la siguiente escena revela que una gran parte de la gente («la muchedumbre entera») está todavía con Jesús; solo los sumos sacerdotes y los escribas se oponen a su acción y mensaje. Teniendo en cuenta la función del Templo en nuestro relato, los culpables más inmediatos parecen ser el Templo y sus funcionarios. La imposibilidad de Jesús de encontrar fruta en el árbol, y su maldición consiguiente, apoyan la conclusión de que los mandatarios del Templo están corruptos sin esperanza; en el conjunto de la narración marcana, la esterilidad de la higuera anticipa «la abominación de la desolación» profetizada respecto al Templo en 13,14. Para Marcos, ciertamente, el Templo parece estar firmemente atrincherado en el ámbito de una estéril vejez que se encamina hacia la destrucción.

Para la comunidad marcana, que sabe que el Templo ha sido arrasado o que su destrucción es inminente, este acontecimiento catastrófico, que Jesús profetiza por medio de su maldición contra la higuera, demostrará la fiabilidad absoluta de su palabra.

- 11,15-19: Así pues, en 11,14 Jesús ha predicho la destrucción del Templo con palabras simbólicas, que sus discípulos oyeron debidamente; ahora Jesús lo representará ante sus ojos, en una demostración parabólica al igual que los extraños «signos» simbólicos de los profetas del Antiguo Testamento. Esta demostración comienza con una lacónica introducción: «y llegaron a Jerusalén» (11,15a). Aunque esta frase repite la sustancia de 11,11a («Y entró en Jerusalén»), el cambio al plural incluye a los discípulos -de quienes se acaba de subrayar que han oído la maldición de Jesús contra la higuera- en la entrada de Jesús, haciéndolos así *testigos de los hechos* que comenzarán a dar cumplimiento a la maldición. Los lectores familiarizados con las Escrituras y la historia del Templo podrían acordarse de la historia de Nehemías, quien -como Jesús- entra en la ciudad santa a lomos de un burro (Neh 2,12) y cuyas palabras, «y llegué a Jerusalén», fueron el preámbulo de un relato de la reconstrucción de los muros y de la restauración de las puertas de la ciudad con el apoyo activo de los sumos sacerdotes y otros dirigentes. Jesús, en cambio, llega para amenazar con la destrucción del Templo y ganarse así la enemistad mortal de los sumos sacerdotes y sus aliados (cf. 11,18). Jesús lo hace lanzando un ataque completo al comercio que se practicaba en el recinto del Templo, probablemente en el patio de los gentiles, expulsando a compradores y vendedores (11,15b), volcando las mesas de los cambistas y vendedores de palomas (11,15c), e interceptando a cualquiera que llevara un objeto sagrado a través de esa zona (11,16). En realidad, el efecto fue más simbólico que económico; es dudoso que una persona que actuaba solo (no se describe a los discípulos ayudándolo) pudiera haber hecho un daño verdadero en la *ingente masa del comercio* que se practicaba en el enorme patio.

Pero si el objetivo del ataque era simbólico, ¿qué simboliza? Algunos autores argumentan que Jesús tuvo la intención de indicar la inminente destrucción del Templo como parte de los acontecimientos catastróficos del tiempo final, no «purificarlo» o reformarlo; su acción, pues, fue similar a la de otro Jesús, hijo de Ananías, que profetizó el final inminente del Templo ganándose así la enemistad de los sumos sacerdotes y otros dirigentes en los años inmediatamente anteriores a su caída. Esta interpretación encaja relativamente bien con la imagen marcana, pero en la narración de Marcos la demostración de Jesús parece reflejar también el deseo de una *eliminación escatológica del comercio* en el Templo percibido como una práctica abusiva, al igual que la profecía de Zac 14,21. La idea del mesías que restaura el Templo tiene profundas raíces en la tradición judía, y parece que Jesús sigue esta tradición, aunque de un modo peculiar. En la tradición, el mesías y el Templo van juntos a menudo *de un modo opuesto* al interés marciano por la misión a los gentiles y al sueño de que la casa de Dios se convertirá en «una casa de oración para todas las naciones» (11,17). En verdad, la imagen mesiánica es a menudo militantemente anti-pagana, y sus raíces se remontan a una dinastía davídica cuyo objetivo principal en política exterior era mantener la independencia de Israel, por la fuerza militar si fuera necesario, contra los países circundantes.

Así, mientras Jesús cumple de algún modo las esperanzas tradicionales respecto al mesías, combinando su entrada triunfal en Jerusalén con una acción dramática que afirma su autoridad sobre el Templo purificándolo, por otra parte desafía la imagen mesiánica frecuente en el mundo de Marcos. Mientras que otros judíos con una mentalidad escatológica soñaban con un mesías que habría de purificar el Templo liberándolo de influencias extranjeras, el mesías de Marcos lo purifica expulsando a los comerciantes (judíos) que profanan el patio de los gentiles y que frustran el objetivo del Templo, divinamente intencionado, de convertirse en «una casa de oración para todos los pueblos». Y mientras otros judíos veían el mesías davídico como el restaurador del Templo, la demostración de Jesús en Marcos apunta hacia su destrucción.

Los sumos sacerdotes y los escribas, como es natural, responden al asalto de Jesús al Templo con una animosidad mortal: conspiran para destruirlo, porque ven que la muchedumbre está impresionada por su enseñanza (11,18). La respuesta hostil de los dirigentes recuerda aquí la reacción al primer milagro de Jesús, el exorcismo en la sinagoga de Cafarnaún en 1,21-28; allí también la muchedumbre estaba impresionada por su enseñanza (1,22.27), y criticaba implícitamente a los escribas por carecer de autoridad. En ese pasaje, además, se hablaba de destrucción, porque los demonios preguntaban ansiosamente: «¿Has venido a destruirnos?» (1,24). Ahora, sin embargo, los sumos sacerdotes y los escribas, de quienes Marcos piensa que pertenecen al bando demoníaco de la guerra escatológica, responden al intento de Jesús de «exorcizar» a los que dependían de ellos, los comerciantes, intentando destruirlo a su vez.

Esta sub-sección termina con la salida de Jesús de la ciudad a la puesta del sol (11,19). La conclusión del pasaje describirá algo más siniestro aún: la higuera, con la que el relato ha vinculado a estos funcionarios, se ha secado.

- 11,20-25: A la mañana siguiente, en el camino de vuelta a la ciudad, Jesús y sus discípulos ven la higuera maldita, marchitada en el entretanto (11,20); entonces Pedro recuerda la maldición del día anterior (11,21). Los lectores deducirán que la eficaz maldición de Jesús contra el árbol tiene implicaciones negativas para el Templo con el que el árbol ha quedado vinculado por la estructura marcana del «emparedado». Esta intuición se confirmará más tarde cuando Jesús profetice que no quedará en pie ni una de las piedras del Templo (13,2); la imagen de un edificio arrasado hasta sus cimientos es coherente con la descripción de la higuera marchita «desde las raíces» (11,20). Además, los dos pasajes van unidos por el empleo de los discípulos de la exclamación, «¡Rabí/Maestro, mira!», referida tanto a la higuera (11,21) como al Templo (13,1).

La contestación inicial de Jesús, «tened fe en Dios» (11,22), podría ser también interpretada como «creed firmemente en la fidelidad de Dios», y pudo ser interpretada como una exhortación a no desanimarse respecto al Templo. Después de todo, este es todavía la casa de Dios. Pero si el relato alienta brevemente la esperanza de una protección continuada del Templo por Dios, esta se rompe en el versículo siguiente donde encontramos una frase que no pide que «se conserve esta montaña», sino que se desarraigue y se arroje al océano (11,23). Aunque el objetivo primario de tal afirmación sea *acentuar el poder de la fe*, puede haber también en ella un

guiño a la destrucción del santuario, ya que «este monte» puede ser una expresión para designar la colina del Templo.

Ahora bien, aunque Jesús profetiza el fin del Templo, también afirma el poder de la oración en una serie de dichos que comienzan con la fórmula «Amén, os digo...» (11,23a). Así, hay coherencia en la progresión de 11,12-19 a 11,20-25: Jesús ataca primero el antiguo lugar de oración, pero luego asegura a sus seguidores que la oración es más eficaz que nunca. Sin embargo, el garante de su eficacia no es ya «el Templo hecho por manos de hombres» (cf. 14,58), sino la autoridad escatológica de Jesús («Amén, os digo...»). Jesús promete concretamente que los que destierran la duda y creen que se cumplirán sus peticiones las verán realizadas (11,23b). Este punto queda subrayado enérgicamente en 11,24, «todo cuanto pidáis en la oración, tened confianza de que lo habéis recibido ya y lo tendréis». Estas promesas categóricas de que la oración será escuchada tiene paralelos en otros lugares de la tradición sinóptica (cf. Mt 7,7-11 / Lc 11,5-13), pero más tarde fueron precisadas cuando los cristianos comenzaron a notar que no todas sus peticiones eran escuchadas de hecho (cf., por ejemplo, Jn 14,13: «Todo lo que pidáis mi nombre», junto con Jn 15,7: «Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros»). Sin embargo, estas enmiendas «realistas» solo subrayan la rotundidad extraordinaria de la promesa en nuestro pasaje, que es un testimonio de la creencia *en el advenimiento del Reino* que penetraba el ministerio de Jesús y de la iglesia primitiva postpascual: el poder de la nueva edad divina ha aparecido en el mundo, y por tanto ha llegado la edad del cumplimiento de las ansias escatológicas.

En la situación marcana, 11,23-25 sería probablemente entendido como un contrapeso a la duda, la desesperación y la amargura que prevalece en una comunidad atormentada por la guerra y la persecución, en la cual los miembros de la familia se traicionan entre sí hasta la muerte y «todos» odian a los cristianos (cf. 13,12-13). La enseñanza sobre la fe y la oración en 11,23-25 les aseguraría de que, en contra de todas las apariencias en contrario, sus oraciones *estaban siendo escuchadas*, que no habían sido abandonados por Dios y que incluso entonces, en medio de la persecución y de la muerte, Dios los empleaba para arrancar y aniquilar los poderes de este mundo y para «edificar y plantar» las estructuras de su reinado. Así la exhortación a no dudar sino a continuar creyendo, y la promesa de que la oración será escuchada tiene casi el mismo valor que la afirmación de 13,13: «el que resista hasta el final... se salvará».

La exhortación de 11,23-24, además, contiene una serie de cuatro verbos en presente, lo que gramaticalmente *acentúa intensamente* la necesidad de la oración continua («cree... reza... pide... cree»), y los verbos están dispuestos de modo que comienzan y terminan con la palabra «creer». Nuestro pasaje, pues, acentúa intensamente *la necesidad de la perseverancia* ante una realidad aparentemente contraria. Además, concluye con *una petición de perdón*. En 11,12-25 Jesús ha desafiado implícitamente la autoridad sacerdotal al representar simbólicamente la destrucción del Templo, y concluye proclamando que el perdón está disponible sin el Templo sobre la base de su propia palabra. No es, pues, asombroso, que en el siguiente pasaje los representantes ofendidos de aquel sistema lo desafíen a concretar qué autoridad supone que tiene él para actuar así.

Paso 1 **Lectio**: ¿Qué dice el texto? Atiende todos los detalles posibles. Imagina la escena. Destaca todos los elementos que llaman la atención o te son muy significativos. Disfruta de la lectura atenta. Toma nota de todo lo **que** adviertas.

Paso 2 **Meditatio**: ¿Qué me dice Dios a través del texto? Atiende a tu interior. A las mociones (movimientos) y emociones que sientes. ¿Algún aspecto te parece dirigido por Dios a tu persona, a tu situación, a alguna de tus dimensiones?

Paso 3 **Oratio**: ¿Qué le dices a Dios gracias a este texto? ¿Qué te mueve a decirle? ¿Peticiones, alabanza, acción de gracias, perdón, ayuda, entusiasmo, compromiso? Habla con Dios...

Paso 4 **Actio**: ¿A qué te compromete el texto? ¿Qué ha movido la oración en tu interior? ¿Qué enseñanza encuentras? ¿Cómo hacer efectiva esa enseñanza